

ENCUENTRO EN LA NIEBLA



TIMOTHY ZAHN

Poco después de las Guerras Clon, el Imperio persigue a Booster Terrik hacia las Regiones Desconocidas.

Allí aparecerá Mitth’raw’nuodo, que será más conocido como el gran almirante Thrawn…



Encuentro en la niebla

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Mist Encounter*

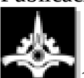
Autor: Timothy Zahn

Arte de portada: Darren Tan

Ilustraciones: Doug Shuler

Publicado originalmente en *Star Wars Adventure Journal 7*, más tarde republicado en *Hyperspace*, y junto a *Outbound Flight*

Publicación del original: 1995

19 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

05.03.17

Base LSW v2.21

Declaración

CAPÍTULO I

Los dos últimos saltos habían sido realizados al azar, mientras el carguero espacial *Starwayman* patinaba directamente hacia el borde del Espacio Conocido e incluso un poco más allá. La teoría, al menos hasta donde la ofuscada mente fatigada de Booster Terrik podía recordar, era que ningún Comandante Imperial estaría lo suficientemente loco como para arriesgar un Destructor Estelar de clase Victoria persiguiendo a un contrabandista don nadie dentro de un territorio no cartografiado.

Hasta ahora la teoría no había funcionado. Tal vez el tercer intento sería la cábala que tan desesperadamente estaban necesitando.

O tal vez el tercer intento sacaría al *Starwayman* del hiperespacio en el momento justo para hacerse pedazos sobre una masa del tamaño de un planeta. Había muchas razones por las que saltar a ciegas dentro de un espacio desconocido era considerado una idea estúpida.

Al lado de Terrik, su socio borloviano, Llollulion, pronunció un silbido escalonado de cinco tonos.

—Sí, de acuerdo —dijo Terrik, aferrando las palancas del hiper-impulsor e intentando no pensar en el sistema estelar desconocido en el que se encontraban, ni en las masas desconocidas de tamaño planetario que se encontraban directamente por delante de ellos—. Veamos si esta vez son lo suficientemente listos como para rendirse de una buena vez.

Empujó hacia adelante las palancas, y el cielo moteado del hiperespacio se desvaneció en líneas estelares y luego en un cielo estrellado. Directamente por delante, la estrella del sistema aparecía como un diminuto disco distante que llameaba con una luz blanco-amarillenta. Sujetándose, Terrik miró con atención en la pantalla de popa…

Y con un parpadeo de pseudo-movimiento, el Destructor Estelar apareció detrás de ellos. Terrik suspiró, demasiado exhausto incluso para maldecir. Así que eso era todo. No podrían perder al Destructor Estelar, no lo podrían rebasar, y tan seguro como que existían los mynocks, no podrían vencerle… Las opciones se habían reducido a rendirse, o ser reducidos a átomos.

Sólo podía albergar la esperanza de que la última opción no fuese la única en la que el Comandante de allí atrás estuviera interesado.

Llollulion dejó escapar un repentino gorjeo de tres tonalidades.

—Estás bromeando. —Terrik frunció el ceño, girándose para mirar—. ¿Dónde?

Llollulion señaló hacia afuera de la carlinga a la derecha, con las plumas de su barba. Era un planeta, estaba en lo cierto: con el tamaño adecuado, lo suficientemente cerca de su sol primario para mantener una temperatura adecuada, y con sus bordes difuminados, evidencia de que poseía una atmósfera razonablemente densa.

Y se encontraba apenas a diez minutos de vuelo a toda potencia.

Llollulion trinó otra vez.

—Es correcto, socio —coincidió Terrik, dando máxima potencia a los motores sub-lumínicos y girando el *Starwayman* en dirección hacia estribor. Si no podían escapar, dejar atrás, o vencer a sus perseguidores…

Quizás pudiesen esconderse de ellos.





—El objetivo ha cambiado el rumbo, Capitán —llamó una voz desde el foso de tripulantes—. Se están escapando hacia ese planeta.

—Entendido —dijo el Capitán Voss Parck con los dientes apretados mientras veía a su presa esforzándose por descender al planeta. Por supuesto los contrabandistas se dirigían rumbo al planeta ¿Qué otras opciones tenían? Había anticipado ese movimiento desde el momento mismo en el que el *Strikefast* había salido del hiperespacio, y ya había dado órdenes para contrarrestarlo.

Órdenes que inexplicablemente aún no habían sido efectuadas.

—Teniente, ¿qué está reteniendo a esos cazas TIE?

—El Control del hangar comunica que están teniendo problemas para liberarlos de sus soportes, Señor —le comunicó el oficial—. Tienen dos libres, pero el resto…

—¿Tienen dos libres? —le cortó Parck—. ¿Qué están esperando? ¡Láncenlos!

—Sí, Señor.

Parck caminó impetuosamente por el corredor, maldiciendo crudamente mientras su respiración se agitaba. Entre los técnicos con la cabeza en las nubes que insistían continuamente en rediseñar equipo perfectamente funcional, y los oficiales que se atenían estrictamente a las normas, los cuales no tenían el cerebro suficiente para modificar el procedimiento estándar de lanzamiento cuándo era necesario, la Flota entera se estaba deslizando directamente por los ductos del depósito de basura.

Pero eso cambiaría pronto. Apenas una semana antes, las noticias que habían llegado al Borde Exterior revelaban que el Canciller[1] Palpatine se había declarado a sí mismo Emperador del Imperio recién re-estructurado, y se había comprometido personalmente a hacerse cargo de este desorden. Algunos de los oficiales de mayor rango de la Flota ya habían quedado en evidencia después de expresar sus reservas acerca de toda la situación; pero por su parte, Parck no tenía ninguna duda de que Palpatine y su política visionaria pronto pondrían las cosas en su lugar.

Un movimiento en arco trazando una trayectoria por fuera del lado de estribor, atrajo su atención: finalmente, los dos cazas TIE estaban dirigiéndose en su tardía persecución de los contrabandistas. Miró de nuevo hacia la nave objetivo, e hizo un rápido cálculo mental.

—Dígale a Control del hangar que ponga el resto de esos cazas en el espacio —ordenó al oficial de comunicaciones—. La presa va a conseguir escapar antes de que esos dos la atrapen. Vamos a tener que chamuscarlos.

Pero no iba a chamuscarlos. Esa nave llevaba una carga, que él sospechaba, estaba dirigida para uno de los pequeños pero ruidosos grupos de resistencia que habían estado surgiendo últimamente en contra del Nuevo Orden de Palpatine. Apoderarse de ese grupo sería un buen trofeo para presentarle al nuevo Emperador… y tanto él como el *Strikefast* no habían llegado hasta aquí, desplazándose dentro del Espacio Desconocido, sólo para perder semejante trofeo.



Se encontraban en la parte alta de la atmósfera, buscando un buen lugar para esconderse, cuando Llollulion comenzó a captar las emisiones de energía.

—Uh oh —murmuró Terrik, lanzando una rápida mirada a la pantalla mientras luchaba con los controles que se encabritaban producto del golpeteo atmosférico. Era una fuente de energía, de acuerdo, situada en mitad de un bosque ecuatorial a un cuarto del camino del horizonte planetario—. No es nada bueno. Es más, es doblemente nada bueno.

Llollulion multitrinó una pregunta.

—Porque tiene justamente el tamaño correcto para ser un generador de energía para una base pequeña, *por eso* —le dijo Terrik—. Localizada aquí afuera en medio de la nada, eso significa que o es una base de contrabandistas o es una base pirata. O tal vez incluso un pequeño puesto de avanzada de la Flota. Independientemente de lo que sea, no se trata de alguien que vaya a alegrarse de vernos.

[1] Originalmente *Presidente*, se cambió por Canciller en la edición junto a Outbound Flight para armonizar con las precuelas.

Aun así… Terrik se mordió pensativamente el labio. Esos dos cazas detrás de ellos se acercaban cada vez más, minuto a minuto; aunque dirigiese al *Starwayman* a tierra firme ahora mismo, ellos podrían fijar el blanco sobre la central de energía de la nave antes de que pudiese apagarlo todo. Pero si primero se dirigiese más allá de la otra fuente de energía, tendría una oportunidad de confundir los sensores de sus perseguidores lo suficiente como para dejarle escabullirse sin que su aterrizaje fuese localizado.

Valía la pena intentarlo, de todas formas.

—Resiste, estoy cambiando de rumbo —le avisó a Llollulion, lanzando el *Starwayman* en un aplanado deslizamiento lateral—. ¿Tienes ya la triangulación en línea?

El borloviano trinó un gorjeo afirmativo.

—De acuerdo —dijo Terrik—. Tan pronto como esos cazas se pongan a tiro, mira qué puedes hacer para eliminarlos.

Habían alcanzado el bosque y se encontraban volando sobre las copas de los árboles cuando Llollulion hizo fuego con la triada de láseres del *Starwayman*; y enseguida se hizo evidente que los pilotos de los cazas TIE perseguidores no habían pasado el suficiente tiempo entrenando en situaciones de combate atmosférico. Media docena de intercambios de intenso fuego láser, y Llollulion trinó un silbido de triunfo en una escala de siete tonos.

—Sí, genial —gruñó Terrik, sintiendo que una gota de sudor rodaba por su mejilla mientras se inclinaba sobre los controles. Uno de los cazas TIE no era más que una masa resplandeciente de escombros que se precipitaba hacia el suelo en el bosque por detrás de ellos, mientras que el otro se encontraba girando fuera de control a unos cien metros a estribor, desplazándose rápidamente hacia abajo, en dirección hacia el mismo olvido.

Pero el *Starwayman* también había recibido algunos daños, y se encontraba casi por encima de la desconocida fuente de energía, la que se erguía justo por delante. A estas alturas, sus moradores seguramente ya habrían sido alertados de la presencia de las naves incursoras. Si no estaban interesados en recibir compañía…

El segundo caza TIE desapareció entre los árboles en medio de una tremenda deflagración; y un instante después, el *Starwayman* apareció bruscamente sobre un pequeño claro. Terrik vio momentáneamente una única construcción pequeña, algo que le pareció un cobertizo de almacenamiento a un costado y un par de cajas metálicas grandes en el otro. Y entonces sobrepasaron el claro, y otra vez se encontraron sobre el denso bosque y dirigiéndose hacia una columna de acantilados localizados a corta distancia. Llollulion trinó con aprensión.

—Dame un segundo, ¿de acuerdo? —gruñó de nuevo Terrik, lanzando al *Starwayman* bruscamente hacia la izquierda—. No me he olvidado que tenemos que aterrizar. ¿Qué, querías que aterrizara justo al lado de ese lugar, allí atrás?

Llollulion se apaciguó, con un gruñido audible sólo para sí mismo. Pero Terrik no le prestó importancia.

El truco había surtido efecto —tal vez— y eso era todo lo que importaba.

El *Starwayman* se encontraba descansando en una de las cuevas del acantilado, oculto a la vista y con los motores apagados, antes de que la siguiente ola de cazas TIE pasara por encima de sus cabezas.

CAPÍTULO II

—Esas no son —la voz del Capitán Parck penetró insidiosamente en los oídos del Coronel Mosh Barris— precisamente las noticias que quería escuchar, Coronel. ¿Está completamente seguro de eso?

—Sí, Señor —dijo Barris, contemplando las altas cajas rectangulares que se alzaban al lado de la construcción que habían encontrado en el claro, mientras un agrio sabor se deslizaba en medio de su boca—. Las inscripciones grabadas en los generadores de energía, por sí solas así lo demuestran; nuestro droide traductor 3PO nunca había visto nada parecido.

—Eso no prueba nada necesariamente —persistió Parck—. Los territorios más cercanos del Espacio Desconocido seguramente podrían haber sido infiltrados por comerciantes ocasionales o por contrabandistas. Ésa fácilmente podría ser la casa o el retiro de algún humano o de algún alienígena perteneciente a una raza conocida, quien simplemente acertó a recoger ese par de generadores a lo largo de su camino.

—Es posible, Señor —dijo Barris—. Pero me parece que es poco probable. Los edificios mismos parecen haber sido construidos con materiales que no son propios de la localidad, y además, una buena cantidad de su contenido también es de origen desconocido. Mi suposición es que estamos frente al hogar del superviviente de una nave estrellada.

—Que luego se alejó a alguna parte y murió —refunfuñó Parck.

—Eso si no salió corriendo cuando nos oyó llegar —dijo Barris—. No podemos decir cuánto tiempo ha permanecido desierto este lugar. De cualquier manera, nos quedaríamos con el hecho de que definitivamente se trata de un campamento alienígena.

El débil siseo de un suspiro se escuchó en los oídos de Barris. Un suspiro, y el indicio de una maldición solapada bajo el mismo.

—Y por consiguiente, nos encontramos amarrados por las directivas de la EAD.

—Sí, Señor —Barris se mostró de acuerdo, secundando silenciosamente la maldición del Capitán. Las directivas básicas de la sección de Encuentros con Alienígenas Desconocidos, eran una reliquia de los días de gloria de la República, cuando una nueva especie alienígena estaba siendo descubierta cada semana, y el Senado se afanaba demasiado en sus ansias por otorgar plenos privilegios de membresía a cada criatura peluda o cubierta de tentáculos con la que un Acorazado o un crucero de clase Carrack tropezara. La Flota moderna no tenía experiencia manejando tales asuntos, ni mucho menos el menor interés en hacerlo, y el Alto Mando así lo había manifestado repetidamente.

Barris había oído rumores de que el Emperador Palpatine le había asegurado en privado al Alto Mando, que la mayoría de las anticuadas órdenes con respecto a contactar nuevas especies, pronto sería abolida.

Pero por el momento todavía se encontraban en vigor, y una gran cantidad de Senadores aún las apoyaban. Lo que significaba que no había nada que hacer sino obedecerlas.

—Muy bien —gruñó Parck—. Parece que ustedes van a pasar al menos esta noche allí abajo; será mejor que sus hombres se pongan cómodos. Reuniré un equipo de técnicos para el análisis y los enviaré a echar un vistazo. Permanezca alerta por si su náufrago regresa.

—Lo haremos —le aseguró Barris—. ¿Qué hacemos con los contrabandistas?



—Los cazas TIE aún los están buscando —le informó Parck—. Si no han localizado la nave para cuando ustedes hayan acabado allí, cambiaremos a una búsqueda por tierra.

—¿Coronel Barris? —una voz ansiosa se entrometió en el circuito—. Soy el Teniente Kavren en el lugar de impacto del caza TIE, justo al oeste del campamento. Lamento interrumpirlo, Señor, pero pienso que realmente debería ver esto.

Barris frunció el ceño a través del claro, hacia donde las luces del personal de búsqueda podían ser vistas ocasionalmente, iluminando los pseudópodos de niebla vespertina que comenzaba a flotar en el aire, a través de los árboles. Él no habría calificado a Kavren como un tipo excitable, pero había percibido un definitivo desasosiego en la voz del hombre.

—Me dirijo hacia allá —le contestó—. ¿Con su permiso Capitán?

—Continúe, Coronel —dijo Parck—. Hablaremos más tarde.

La reflexión de las luces en medio de la niebla era de alguna manera engañosa, pero no se trataba más que de una caminata de tres minutos desde el borde del claro hasta el negro desfiladero en forma de cuchillo que había abierto el caza TIE al final de su llameante trayectoria hacia el suelo y hasta su resplandeciente destrucción. Unos pocos segundos más en el aire, pensó Barris agriamente, y no habría quedado nada del campamento alienígena que pudieran estudiar. Una pena que no hubiera ocurrido así.

Kavren y cuatro soldados se encontraban esperándolo cuando Barris les alcanzó. La espalda del Teniente se mantenía envarada de manera poco natural; las caras de los

soldados se hallaban sombrías bajo el reborde de sus negros cascos. Yaciendo en la hierba a sus pies, se encontraba la forma inerte del piloto muerto del caza TIE, con su traje de vuelo quemado y roto.

—Lo encontramos aquí mismo, Coronel —dijo Kavren, gesticulando hacia el traje de vuelo—. A varios metros lejos de los escombros. Échele un vistazo.

Barris se arrodilló al lado del cuerpo. El casco había sido aflojado del cuello del traje de vuelo, y el largo cierre delantero estaba abierto. Y el traje de vuelo estaba relleno con…

—¿Qué demonios…? —demandó, mirándolo con el ceño fruncido.

—Es hierba, Señor —confirmó Kavren, con un estremecimiento leve en su voz—. Hierba, hojas, y un montón de esas olorosas bayas rojas. Y eso es todo. El cuerpo ha desaparecido.

Barris miró a su alrededor hacia los árboles, fijándose en los pseudópodos de niebla que flotaban entre ellos en medio de la suave brisa, sintiendo que se producía un nudo en su estómago.

—¿Le han buscado?

—Todavía no, Señor —dijo Kavren—. Pensé que sería mejor avisarle primero. Si hay salvajes en el área…

No terminó la frase, pero realmente no era necesario. Como la mayoría de oficiales de la Flota, Barris había tenido su parte de enfrentamientos con nativos salvajes.

—¿Mayor Wyan? —llamó por su comlink, enderezándose—. Aquí el Coronel Barris.

—Sí, Coronel —la voz del oficial se dejó escuchar en sus oídos.

—Quiero un perímetro de tropas colocado alrededor del campamento inmediatamente —ordenó Barris. Algo fuera de lugar en la base de un arbusto llamó su atención, y avanzó en su dirección para obtener una mejor perspectiva. Era la mochila de supervivencia del caza TIE, abierta—. Tenemos nativos salvajes aquí afuera.

—Entendido —dijo Wyan, mientras su voz se volvía repentinamente enérgica y profesional. También había tenido experiencia con nativos salvajes—. Tenemos un transporte de tropas casi listo para dejar el *Strikefast*; los llamaré y les pediré que suban otro escuadrón de soldados a bordo.

—Mejor que sea un pelotón —le dijo Barris, agachándose al lado de la mochila de supervivencia y abriéndola—. Parece que se han apoderado del bláster del piloto, las células de energía de repuesto, y las granadas de concusión.

—Colosal —gruñó Wyan—. Primitivos con armas. Precisamente lo que necesitábamos.

—Tal vez sean lo suficientemente considerados como para hacerse pedazos a sí mismos antes de que se acerquen a nosotros —dijo Barris, recogiendo la mochila y levantándose de nuevo.

—Siempre podemos albergar esa esperanza, Señor —estuvo de acuerdo Wyan—. Iniciaré los procedimientos de seguridad de inmediato.

—Bien. Barris fuera. —Barris volvió hacia atrás, hacia el grupo de soldados y le tendió la recuperada mochila de supervivencia a Kavren—. Quiero el traje de vuelo y su contenido de vuelta en el campamento para su estudio, Teniente. Después lleve a algunos soldados y empiece a rastrear el área. Quiero encontrar el cuerpo del piloto.



—Señor —dijo el Mayor Wyan, aproximándose a la mesa de examen y cuadrándose brevemente para hacer un saludo—. El perímetro de seguridad ha sido levantado.

—Bien —dijo Barris, mirando a través del dosel transparente del techo hacia el cielo. Justo a tiempo, además. Se encontraban en plena noche, y con la caída de la noche inevitablemente se despertarían los depredadores nocturnos. Por no mencionar a los nativos poco amistosos—. ¿Alguna noticia del equipo de búsqueda?

—Todavía no tenemos ningún rastro del cuerpo del piloto —dijo Wyan—. Han encontrado un montón de pedazos y piezas de la mochila de supervivencia, sin embargo, estaban dispersos como si algunos animales hubieran estado pugnando con ellos. Tal vez nuestros primitivos sólo los hicieron trizas sin quedarse realmente con nada.

—Tal vez —dijo Barris—. Pero hasta que realmente encontremos ese bláster, le sugiero que continúe asumiendo que alguien nos está apuntando con él.

—Sí, Señor. —Wyan hizo un gesto en dirección a la mesa—. ¿Así que eso era lo que estaba metido en el traje de vuelo?

—Sí —dijo Barris, mirando la colección de muestras de vida vegetal dispersa sobre la mesa del examen, y a los dos técnicos que seguían cribando las plantas. Un aroma extraño empapaba el aire, probablemente proveniente de las bayas que habían sido aplastadas para el análisis—. Hasta ahora parece solamente hierba local, hojas y esas bayas. Algún tipo del ritual religioso, tal vez…

Y sin previo aviso, se produjo un destello y se escuchó el estruendo de una explosión por detrás de ellos.

—¡A cubrirse! —gritó Barris, girando y agachándose mientras desenfundaba su bláster. A medio camino del borde del claro, un parche de hierba era abrasado por el incendio desatado por la explosión; por detrás del fuego, pudo ver a los soldados corriendo hacia la parte más cercana de la línea de seguridad, con los blásters desenfundados y listos.

Alguien hizo encender un reflector desde la parte de atrás de donde estaba Barris, cuyo brillante faro empezó a barrer a través del bosque, iluminando los gruesos pseudópodos de niebla que fluían entre los árboles. Barris acompañó con la mirada el halo luminoso, aferrando su bláster con fuerza, mientras intentaba vislumbrar al enemigo que los atacaba…



Y fue lanzado al suelo al tiempo que una segunda explosión estallaba prácticamente detrás de él.

—¡Coronel! —oyó que Wyan gritaba a través del zumbido en sus oídos.

—Estoy bien —le gritó Barris en respuesta, mientras se revolvía sobre su estómago. Un golpe magistralmente directo: la colección de hierbas y hojas en la mesa de examen estaba ardiendo de manera incandescente, mientras la misma mesa se encontraba notoriamente ladeada por la explosión. En el suelo, detrás de ella, los dos técnicos estaban tendidos sobre sus estómagos, haciendo su mejor esfuerzo para disimularse entre la hierba.

El canal general del comlink había cobrado vida repentinamente con breves informes y órdenes concisas. Barris se mantuvo al margen de la conversación, permaneciendo donde estaba y sujetándose para recibir la inevitable tercera explosión.

Pero lo inevitable no ocurrió.

—Los soldados han inspeccionado todo el perímetro —le informó Wyan un minuto más tarde, gateando para acercarse al lado de Barris—. Están haciendo una búsqueda completa de los veinte primeros metros de bosque, pero hasta ahora no hay nada. Quienesquiera que fueran, parece que ya se han ido.

—Considerando que aparentemente nadie vio nada la primera vez, el hecho de que no vean nada ahora no es muy tranquilizante —replicó Barris, poniéndose en pie con cuidado y sacudiéndose con su mano libre.

—Se está poniendo bastante brumoso allí afuera —dijo Wyan—. Eso hace que la visibilidad sea escasa.

—Nuestros nativos no parecen estar teniendo ningún problema con eso —dijo Barris con crueldad—. ¿Qué diablos fueron esas explosiones, de todos modos? No eran lo suficientemente potentes para ser granadas de concusión.

—Estoy de acuerdo, Señor —dijo Wyan—. Mi suposición es que se trató de células de energía de bláster con las clavijas de sobrecarga arrancadas.

Un sentimiento aprensivo hizo que la parte baja de la espalda de Barris se estremeciera.

—Eso no suena como algo que unos salvajes podrían imaginar —dijo.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Wyan—. ¿Supone que nuestro alienígena ha regresado?

Barris se quedó con la mirada fija en la oscuridad del bosque.

—O si no, lo han hecho nuestros contrabandistas.

—Mmm —dijo Wyan pensativo—. ¿Cree que estén tratando de ahuyentarnos?

—O que demos vueltas en círculos. —Barris reguló el comlink de su casco para procurarle mayor alcance—. *Strikefast*, aquí el Coronel Barris.

—Aquí el Capitán Parck —la voz de Parck llegó inmediatamente—. ¿Qué está ocurriendo allá abajo?

—Fuimos atacados —le dijo Barris—. Dos explosiones en el campamento, ninguna ocasionó daños significativos.

—¿Los atacantes?

—Ni rastro de ellos hasta ahora. Aún estamos buscando.

—Tal vez lanzaron los explosivos desde lejos, con una trayectoria de arco pronunciada —dijo Parck—. Haré que un ala de cazas TIE realice una pasada. Permanezca a la espera.

Barris apagó el comunicador y regresó a la mesa de examen. Sí; alguna clase de catapulta potente, disparada desde más allá del perímetro de seguridad. Eso explicaría que nadie hubiese visto nada.



Se detuvo, contemplando las tiras del desgarrado dosel, ondeando suavemente en la brisa. No, eso no encajaba. Cualquier cosa viniendo desde arriba habría tenido que pasar a través del dosel antes de golpear la mesa. No podría haber hecho eso sin que hubiesen oído algo. ¿No?

Algo se movió en el borde del campo visual de Barris. Desenfundó con presteza su bláster, pero sólo se trataba de alguna pequeña criatura escurriéndose a través del claro.

—¿Mayor Wyan? —llamó.

—¿Sí, Coronel? —dijo Wyan, caminando alrededor del morro del transporte de tropas.

—Coloque algunos reflectores allá arriba —ordenó Barris, señalando hacia los árboles—. Quiero todo el borde del bosque iluminado como el interior de una cabina de lámparas; eso debería ayudar a disipar algo de esta niebla. También, reprograme la pantalla hemisférica de sensores. No quiero

más explosivos llegando sin que al menos sepamos que vienen.

La respuesta de Wyan se perdió en medio de un rugido repentino mientras un par de cazas TIE pasaba como un rayo por encima de las copas de los árboles.

—¿Qué? —preguntó Barris.

—Decía que hay muchas aves y cosas del tamaño de un ave volando por los alrededores —le repitió Wyan—. También pequeños animales terrestres, casi me torcí un tobillo pisando uno hace un minuto. Si afinamos demasiado los sensores de la pantalla, tendremos alarmas activándose toda la noche.

Barris hizo una mueca; pero el Mayor estaba en lo correcto.

—Bien, entonces olvídese de la reprogramación —gruñó—. Tan sólo coloque esas luces…

Y de repente, directamente por delante de ellos, los árboles más próximos fueron iluminados por una bola de fuego que hacía explosión en el bosque, a lo lejos.

—¿Qué dem…? —ladró Wyan.

—¡Se ha estrellado un caza TIE! —contestó Barris, golpeteando desesperadamente su comlink—. ¡Equipo de accidentes, al transporte de tropas… ahora!

Apagó su comlink, y estaba empezando a maldecir, cuando el distante estruendo del choque pasó rodando a través del campamento.



—¿Tiene alguna idea de qué fue lo que lo derribó? —preguntó la voz de Parck en los oídos de Barris.

—Todavía no, Señor —dijo Barris, sintiendo que su estómago se revolvía con una rabia en estado de ebullición—. El equipo de emergencia regresaba con la varilla de grabación del caza. Y con el cuerpo del piloto.

Parck masculló algo por lo bajo.

—Por lo menos lograron llegar antes de que los nativos tuviesen tiempo de llevárselo.

—No, Señor, no se llevaron el cuerpo —dijo Barris—. Pero tuvieron tiempo de registrar de arriba abajo su mochila de supervivencia una vez más. El equipo de emergencia la encontró forzada y su contenido esparcido por todas partes, como la última vez.

—¿Y ninguna señal del bláster, células de energía, o granadas de concusión?

—No, Señor. —Por un momento se produjo un absoluto silencio en el canal, y Barris se encontró a sí mismo contemplando el bosque más allá del campamento. Los reflectores que había encargado habían sido colocados justamente dentro del claro, bañando el bosque con su resplandor. Los abundantes insectos y aves nocturnas zumbaban a través del área, claramente confundidos por la luz diurna artificial, mientras que los de mayor tamaño lanzaban veloces sombras sobre los árboles.

—Usted es el hombre en la escena, Coronel —dijo Parck finalmente—. Pero en mi opinión, esto ya ha ido más allá de simples nativos convirtiéndose en una molestia. ¿Está seguro de que los contrabandistas no están involucrados?

—Eso es lo que me estaba preguntando, Capitán —dijo Barris—. Puede ser que haya algo cerca que no quieran que encontremos, y están tratando de arrinconarnos aquí.

—Eso podría explicar los ataques —Parck estuvo de acuerdo—. ¿Qué ha averiguado acerca del traje de vuelo relleno de hierba?

—Probablemente se trate de una distracción —dijo Barris—. Algo para convencernos de que sólo estábamos tratando con nativos primitivos.

—A menos que estemos tratando con ambos, contrabandistas y primitivos —sugirió Parck—. Eso podría… un minuto —se interrumpió a sí mismo—. ¿Coronel, *usted* examinó el traje de vuelo?

—Yo… —Barris frunció el ceño—. Ahora que lo menciona, Señor, creo que no. Estábamos más interesados en…

—Vaya a echarle una mirada ahora —le cortó Parck—. Específicamente, compruebe si el comunicador ha sido retirado del casco.

Le tomó un par de minutos encontrar dónde habían almacenado los técnicos el traje. Le llevó diez segundos más confirmar que de hecho, el comunicador había sido retirado.

—Pequeñas víboras ingeniosas —murmuró Parck cuando Barris le hubo confirmado las noticias—. Hasta podría decir que inspiradas. ¿Qué tenemos acerca del segundo traje de vuelo, el que acaban de traer de vuelta al campamento?

—Está siendo comprobado ahora —le dijo Barris, mirando hacia donde el Mayor Wyan y uno de los soldados empezaban a ocuparse de la tarea—. ¿Mayor?

—El comunicador sigue aquí —confirmó Wyan—. No debieron tener tiempo de quitarlo.

—O decidieron no molestarse —señaló Barris—. Podrían estar oyendo a escondidas nuestras comunicaciones.

—No por mucho tiempo —dijo Parck con una mueca de satisfacción—. He ordenado que desconecten el circuito que está dentro de ese comunicador.

—Sí, Señor —dijo Barris, en medio de un sobresalto. Era suficientemente malo que los contrabandistas hubiesen llegado tan lejos en su atrevimiento. Pero que su Comandante fuera el que lo pusiese al tanto…— Aún deben estar en la zona. Organizaré algunas patrullas y trataré de hacerlos salir.

—Eso puede esperar, Coronel —dijo Parck—. De hecho, preferiría que se mantuviera quieto hasta las primeras luces. Sus sensores serían de utilidad limitada en el bosque, y no tiene sentido exponer a sus hombres a una emboscada en medio de la oscuridad.

—Como usted ordene, Capitán —dijo Barris, sintiendo que su cara comenzaba a arder.

—Bien —dijo Parck—. Hablaremos nuevamente por la mañana. Buenas noches, Coronel. Permanezca alerta.

—Sí, Señor —contestó Barris a través de su apretada dentadura—. Buenas noches, Capitán.

Apagó el comunicador.

—No parece que el Capitán tenga una opinión muy brillante con respecto a nuestras tropas —le dijo el Mayor Wyan, llegando a su lado.

—¿Puede culparlo por eso? —replicó Barris.

—Dadas las actuales circunstancias, supongo que no —concedió Wyan—. ¿Y ahora qué?

—Haremos que nuestros amigos contrabandistas se arrepientan de haberse metido con nosotros —gruñó Barris—. Lo primero que quiero que haga, es comprobar dos veces el perímetro de seguridad nuevamente; no quiero nada más llegando esta noche.

—Sí, Señor. ¿Y después?

Barris miró al bosque brillantemente iluminado, mientras una nueva oleada de rabia se entremezclaba con la humillación en su estómago. Ningún contrabandista iba a dejarlo en ridículo. O si lo hacía, no iba a vivir para disfrutarlo.

—Después, usted y yo vamos a sentarnos con los mapas de reconocimiento aéreo, los datos de rastreo de largo alcance proporcionados por el *Strikefast*, y cualquier otra cosa que podemos hacer llegar a nuestras manos. Y vamos a planificar cómo encontrar a esos contrabandistas.

CAPÍTULO III

De manera casi inaudible sobre las afanosas vibraciones producidas por los insectos, el tronar de otra distante explosión comenzó a desplazarse lentamente a la deriva en medio de la fresca brisa de la noche. Terrik hizo una pausa en su trabajo, dirigiendo un oído hacia la boca de la caverna, y escuchando atentamente. Era la cuarta explosión en las últimas cinco horas, según su cuenta personal, sin contar con la de esa nave estrellada poco después de la puesta de sol. Ninguna de las explosiones había sonado como que estuviera más cerca de lo que había estado la primera.

Se trataba de los Imperiales, por supuesto. ¿Pero a qué demonios estaban jugando?

Una sombra se movió silenciosamente contra la luz de las estrellas a través de la boca de la cueva. Impulsivamente, Terrik trató de alcanzar su bláster; luego se relajó cuando vio que sólo se trataba de Llollulion.

—¿Has visto algo? —le preguntó afablemente.

El silbido de cinco escalas del borloviano fue igual de suave, y tan negativo como cada una de las veces anteriores.

—Ya lo ves, esto no tiene ningún sentido —se quejó Terrik, caminando al lado de su socio y mirando fijamente el nublado bosque que se encontraba debajo—. No hay suficientes explosiones para ser una dispersión de concusión. Pero son demasiadas como para tratarse de simples soldados nerviosos lanzando granadas a las sombras de los otros.

Durante un minuto largo sólo se escuchó el sonido de los insectos. Terrik esforzó sus oídos, pero no se produjeron más explosiones. Y entonces, casi como quien no quiere la cosa, Llollulion le hizo una sugerencia.

—Oh, vamos —se mofó Terrik—. Esa era definitivamente la casa de un solo hombre, dos hombres como mucho. ¿Quién en la Galaxia estaría tan chiflado como para querer encargarse de dos transportes de tropas Imperiales por sí mismo?

Aun así, ahora que lo pensaba, el sonido de esas explosiones parecía provenir más o menos de la dirección del asentamiento que habían sobrevolado. Y las emanaciones de energía que habían captado, insinuaban que el lugar realmente estaba ocupado. Así que, nuevamente, ¿quién en la Galaxia estaría tan chiflado como para querer encargarse de todos esos Imperiales por sí mismo?

Llollulion trinó otra vez.

—De acuerdo, así que un par de Crintilianos podrían tomarse semejantes molestias como esas para proteger su territorio —gruñó Terrik—. Pero no trates de decirme que a los Imperiales les bastarían cuatro granadas tratar con dos Crintilianos.

Otra explosión apagada fue derivando en medio de la brisa.

—Cinco granadas —corrigió Terrik—. De cualquier manera, no es asunto nuestro.

Llollulion emitió un silbido de seis escalas.

—Te he dicho que no es asunto nuestro —insistió Terrik—. ¿Pretendes esquivar a un par de escuadrones de soldados Imperiales y tratar de contactar con quienquiera que sea que esté allí afuera? Adelante. Yo voy a quedarme aquí mismo.

El borloviano alzó su cabeza sorprendido, mientras las plumas de su barba se tensaban.

—No me mires así —respondió Terrik—. No tengo nada en contra de hacer aliados cuando eso nos aporta algo. Sólo que esta vez, no aporta nada. Estamos en el Espacio Desconocido, ¿lo recuerdas? Las probabilidades están a favor de que se trate de un alienígena desconocido a quien ni siquiera podríamos hablar. ¿Y si pudiésemos hacerlo, quién nos asegura que querría unir sus fuerzas con nosotros?

Terrik se dio la vuelta y se giró hacia el *Starwayman*.

—Además —dijo por encima de su hombro—, todo lo que realmente necesitamos de un aliado ahora mismo, es que mantenga ocupados a los Imperiales. Y ya lo está haciendo. Dejémosle sólo, y pongamos este cubo de tornillos en condiciones de volar otra vez.



Se produjeron cinco bajas entre los soldados del perímetro de seguridad esa noche. Tres de ellos habían muerto por la mano del enemigo nunca visto, sus pechos o sus cabezas habían sido volados por granadas de contacto. Nadie había visto nada, ni antes de los ataques ni despues. Las otras dos bajas habían recibido accidentalmente disparos por parte de sus nerviosos colegas, quienes los habían confundido con intrusos en la brumosa oscuridad.

Y para cuando el amanecer comenzó a iluminar el cielo, Barris ya había tenido suficiente.

—Le sugiero que trate de calmarse, Coronel —le dijo Parck, con una voz enloquecedoramente tranquila—. Sé que ha sido una mala noche para usted…

—Señor, he perdido a cinco de mis hombres esta noche —le cortó Barris secamente. No era la forma más correcta de hablarle a un oficial de mayor rango; pero Barris no se sentía especialmente correcto en dicho momento—. Eso sin contar los pilotos de tres TIES y los cazas que perdimos ayer por la tarde. Recomiendo encarecidamente que abandonemos este sitio y regresemos al *Strikefast*. Y que luego incendiemos el bosque entero desde la órbita.

—Está cansado, Coronel —le dijo Parck. Su voz todavía permanecía calmada, pero de repente se mostró punzante—. Además no está pensando correctamente. Matar a los contrabandistas no nos dará la posición de ese grupo de la Resistencia que andamos buscando. ¿Cree usted que un carguero quemado sería un trofeo apropiado para llevarle al Emperador Palpatine?

—No estoy interesado en trofeos, Capitán —dijo Barris de manera tensa—. Estoy interesado en no desperdiciar la vida de ninguno más de mis hombres.

—Usted no tendrá que desperdiciarlas —dijo Parck—. Un transporte de tropas está en camino con dos escuadrones de mis Soldados de Asalto. Relevarán a sus hombres.

—Ya han llegado —gruñó Barris, mirando a través del claro hacia donde el último de los anónimos soldados de asalto de armaduras blancas, desaparecía en medio del bosque. Su presencia no requerida era un insulto patente para la calidad de los propios soldados de Barris; pero por el momento, Barris no se preocupó por eso, tampoco—. Y si quiere mi opinión, Señor, no creo que vayan a tener mejor suerte encontrando a los contrabandistas que la que tuvieron mis hombres. Achicharrarlos desde la órbita es nuestra mejor opción.

—Tendré en mente su recomendación, Coronel —dijo Parck con una gélida voz—. Mientras tanto, le sugiero que descanse. Los Soldados de Asalto se harán cargo de las cosas a partir de este momento…

Y sin previo aviso, la voz de Parck se disolvió en medio de una crepitación de estática.

Barris pulsó el control del comlink y la estática se interrumpió por completo, dejando sus oídos zumbando dolorosamente.

—Alerta máxima —gritó, cogiendo su bláster y corriendo hacia el perímetro de seguridad—. Todas las tropas, alerta máxima. Mayor Wyan, ¿dónde está?

—Aquí, Señor —dijo Wyan, regresando a través del claro desde el perímetro para situarse a la derecha de Barris—. Todos los canales de comunicación están cortados.

—Lo sé —rechinó Barris—. Ya es suficiente. Hay dieciocho soldados de asalto golpeando los arbustos por allí afuera; mande a algunos hombres para que los traigan de vuelta. Nos largamos de aquí.

La boca de Wyan se quedó abierta involuntariamente.

—¿Nos vamos, Señor?

—Sí —contestó Barris—. ¿Alguna objeción?

Los labios del Mayor se crisparon. Quizá había estado escuchando atentamente la conversación entre Barris y el Capitán Parck.

—No, Señor, ninguna. ¿Qué hacemos con eso? —señaló con el pulgar en dirección hacia el campamento alienígena.

Un campamento que no habían podido estudiar; y existían algunos idealistas de alta posición en el Senado que probablemente les crearían problemas si se iban de allí sin un análisis completo.

Pero también había una respuesta para eso.

—Lo llevaremos con nosotros —dijo Barris.

La boca de Wyan se descolgó otro par de milímetros.

—¿Que haremos qué?

—He dicho que lo llevaremos con nosotros —repitió Barris de manera impaciente—. Tenemos suficiente espacio en el transporte para todo eso. Diga a los técnicos que saquen las grúas de carga pesada y que se ocupen de eso; quiero que todo esté a bordo en media hora. ¡Muévase!

Wyan tragó saliva visiblemente.

—Sí, Señor —dijo, y se dirigió hacia la casa alienígena con un enérgico trote.

Cautelosamente, Barris probó el comlink. Pero todavía estaba bloqueado por las interferencias de estática, y con una maldición, lo desconectó nuevamente.

Con una maldición, y una dolorosa sensación de opresión sobre su estómago. Había una sola razón para bloquear sus comunicaciones: después del tiroteo de la noche anterior, el enemigo nunca visto seguramente estaba preparándose para emprender un ataque mayor. Dando un paso hacia dentro de la cobertura parcial que le ofrecía uno de los transportes de tropas, y asegurándose de permanecer dentro del rango de tiro para cubrir el campamento Imperial entero, atenazó fuertemente su bláster y se preparó para la batalla.

Pero una vez más, el enemigo se rehusó a jugar según sus expectativas. Al cabo de diez minutos, el primero de los soldados de asalto comenzaba a resurgir del bosque en respuesta a las órdenes de los mensajeros de Barris. El bloqueo de las comunicaciones continuaba mientras el resto de Imperiales regresaban al campamento, pero el ataque que Barris había anticipado nunca llegó a materializarse. Y en el transcurso de la media hora acordada, todo el acampamento alienígena ya estaba empaquetado a bordo del transporte, y ellos se encontraban listos para marcharse.

Excepto por una única y minúscula dificultad. Uno de los dieciocho soldados de asalto había desaparecido.

—¿Qué quiere decir con desaparecido? —preguntó Barris mientras tres de los soldados de asalto se dirigían resueltamente hacia el bosque otra vez, al tiempo que cuatro de sus colegas tomaban posiciones dentro del claro, justo por detrás de ellos—. Pensé que ésta era la nueva élite de las nuevas Fuerzas Armadas de Palpatine. ¿Cómo puede perderse uno de ellos?

—No lo sé, Señor —dijo Wyan, mirando alrededor—. Pero he llegado a la conclusión de que usted estaba en lo cierto. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

Abruptamente, Barris tomó una decisión. Al infierno con los soldados de asalto: si querían irse a buscar más problemas, era asunto suyo.

—Que todos los técnicos suban al transporte —ordenó a Wyan—. Los soldados les seguirán, en el orden estándar de retirada. Saldremos tan pronto como todo el mundo esté a bordo.

—¿Qué pasa con los soldados de asalto? —preguntó Wyan.

—Tienen el transporte de tropas en el que llegaron —dijo Barris—. Pueden quedarse en la retaguardia y apalear arbustos hasta que queden satisfechos.

Girando hacia el transporte que los técnicos habían acabado de cargar, divisó a uno de los soldados de asalto parado de guardia fuera de la escotilla.

—Tú, soldado: dile a tu Comandante…



Nunca llegó a terminar la frase. Sin previo aviso, el soldado de asalto se disolvió abruptamente en medio de una brillante explosión.

Barris fue lanzado al instante sobre el terreno, con los oídos adoloridos por el sonido de la explosión.

—¡Alerta! —gritó automáticamente, mientras escudriñaba el borde cercano del bosque en busca de cualquier señal del atacante. Pero como siempre, no había nada. Un puñado de soldados, valientes o suicidas, Barris no estaba seguro a qué tipo pertenecían, cargaron en esa dirección de todas formas. Para lo que serviría…

A su lado, Wyan soltó una imprecación repentina y aterrorizada.

—Coronel, mire eso.

Barris giró sobre su estómago para mirar el transporte una vez más. El humo de la explosión estaba disipándose, mostrando que la propia nave sólo había sufrido daños menores. De hecho, en su mayor parte, sólo comprometían la parte ornamental, nada que interfiriese con su limitada capacidad operativa o con la integridad del casco. Bajó la vista hacia la marchita forma del soldado de asalto, y se le paralizó el aliento, quedando en estado de shock. La armadura, que ya no era de color blanco, se encontraba desperdigada en pedazos y piezas en un pequeño radio alrededor del lugar donde el soldado de asalto había estado parado.

Eso era todo lo que quedaba de la armadura. Pero el cuerpo en sí mismo, había sido completamente desintegrado.

—No puedo creerlo —murmuró Wyan por lo bajo—. Esa explosión no fue tan poderosa. ¿Cómo pudo calcinar el cuerpo de una manera tan completa?

—No lo sé —dijo Barris, poniéndose de pie—. Y por el momento, no me importa. Nos vamos de aquí. Ahora.

Encendió su comlink, descubriendo que la interferencia finalmente había cesado.

—Aquí el Coronel Barris —dijo—. Que todas las tropas Imperiales regresen al campamento de inmediato y se preparen para la evacuación.

—¿Señor? —murmuró Wyan, mirando fijamente hacia el bosque—. Parece que lo encontraron.

Barris siguió la dirección de su mirada. Emergiendo en el claro llegaban los tres soldados de asalto que habían ido a buscar a su camarada perdido… y ciertamente le habían encontrado. O al menos, lo que quedaba de él.

—El final perfecto para una misión perfecta —gruñó Barris—. Vamos, Mayor. Salgamos de aquí.



Barris había estado esperando a medias que su propio transporte y los transportes de tropas fuesen atacados mientras ascendían desde el bosque y se dirigían hacia el firmamento. Pero ningún misil o pulso láser les siguió, y pronto se encontraban nuevamente a salvo en la bahía del hangar del *Strikefast*.

El Capitán Parck se encontraba esperando al lado del transporte al momento en que Barris emergió.

—Coronel —inclinó la cabeza saludando con gravedad—. No recuerdo haberle dado autorización para abandonar su posición.

—No, Señor, no lo hizo —dijo Barris, escuchando el cansancio en su propia voz—. Pero como usted mismo señaló anteriormente, yo era quien dirigía la escena. Hice lo que estimé era lo mejor.

—Sí —murmuró Parck. Por un momento continuó mirando a Barris, y entonces desvió su mirada hacia el transporte. A Barris le pareció que sus ojos se congelaban un momento sobre los daños menores ocasionados por la imposible explosión que había desintegrado a aquel soldado de asalto…— Bien, lo hecho, hecho está. Me informan que trajo el campamento alienígena con usted.

—Sí, Señor —dijo Barris, frunciendo el ceño ligeramente mientras trataba de leer la expresión de su Comandante. Había esperado que Parck estuviese enojado, o al menos puntualmente disconforme con la actuación de sus soldados. Pero en lugar de eso, parecía meramente pensativo—. ¿Quiere que me encargue de que los técnicos se pongan a trabajar nuevamente en ello?

—No hay prisa —dijo Parck—. Por ahora, todo el mundo debe entregar su informe en la sección de interrogatorios. Esos ataques de los contrabandistas fueron *demasiado* efectivos; quiero saber todo acerca de lo que sucedió allí abajo. —Fijó su mirada sobre Barris—. Por lo que respecta a usted, Coronel, quiero que me acompañe a mi oficina.

Así que iba a descargar el martillo sobre Barris en privado. Un pequeño favor, por lo menos.

—Sí, Señor —suspiró Barris.

Salieron del hangar; pero para sorpresa de Barris no se dirigieron a la oficina de Parck. En su lugar, el Capitán le condujo hacia la torre de control del hangar, cuyas luces habían sido oscurecidas de manera inexplicable.

—¿Señor? —preguntó Barris mientras Parck se acercaba hacia la ventana de observación.

—Un experimento, Coronel —le dijo Parck, haciendo un gesto hacia el hombre que se encontraba en el tablero de mando—. Correcto, oscurezca las luces en la bahía del hangar.

Barris se colocó al lado de Parck mientras las luces que estaban encima de la ventana de observación se desvanecían hasta llegar a los niveles de oscuridad de la noche. Su transporte y los transportes de tropas que acababan de dejar, permanecían siendo claramente distinguibles directamente por debajo; más allá de ellos, aparcados en el otro extremo de la bahía, se encontraban tres lanzaderas de clase Kappa y una nave mensajera Harbinger. No se veía a nadie en ninguna parte.

—¿Qué clase de experimento? —preguntó Barris.

—En realidad, estoy comprobando una teoría —le dijo Parck—. Póngase cómodo, Coronel. Podríamos estar aquí por un buen rato.

Habían estado allí casi por dos horas, cuando una figura sombría emergió a hurtadillas del transporte. Silenciosamente, cruzó el oscurecido hangar en dirección hacia las otras naves, aprovechando la escasa vigilancia en su camino.

—¿Quién es ése? —preguntó Barris, forzando la vista para tratar de penetrar la tenue oscuridad.

—La causa de todos sus problemas en la superficie del planeta, Coronel —dijo Parck con obvia satisfacción—. A menos que me equivoque, ése es el alienígena cuyo hogar usted invadió.

Barris frunció el ceño. ¿Un alienígena? ¿Un solo alienígena?

—Eso es imposible, Señor —protestó—. Esos ataques no pudieron haber sido producto de las acciones de un único alienígena.

—Bueno, ya veremos si uno o dos más se unen con él —dijo Parck—. Si no es así, yo diría que fue sólo él.

Ahora, la velada figura se había movilizado a través del piso hacia las otras naves. Se detuvo por un momento, como si estuviera reconsiderando algo. Entonces, deliberadamente, avanzó hacia la puerta de la lanzadera Kappa ubicada en medio y se deslizó adentro.

—De hecho, pareciera que está solo —dijo Parck, sacando un comlink y encendiéndolo—. Bien, Comandante, muévanse. Está en la lanzadera Kappa del medio. Gradúe todas las armas en rango de aturdimiento: lo quiero *vivo e ileso*.



Después de todos los problemas que el alienígena le había creado al Coronel Barris en la superficie del planeta, Parck había esperado que opusiera una tenaz resistencia contra sus captores. Para su leve sorpresa, el sujeto aparentemente se rindió al escuadrón de soldados de asalto sin ningún tipo de resistencia. Quizá fue cogido por sorpresa. Más probablemente, sabía bastante bien cuándo era inútil resistirse.

Lo que para la mente de Parck hacía solamente que la criatura fuera mucho más intrigante. E hizo que el nebuloso plan que se estaba formando en lo más profundo de su mente, fuera mucho más factible.

Las luces de la bahía del hangar habían regresado a su intensidad normal al momento en que los soldados de asalto escoltaban al alienígena fuera de la lanzadera, y Parck se encontró mirando fijamente y lleno de fascinación mientras el prisionero era conducido hacia donde él y Barris estaban esperando. En general parecía bastante humano en cuanto a su tamaño y constitución, sin embargo presentaba algunas diferencias notables. Estaba vestido con lo que parecían ser pieles y pelambres, aparentemente hechas de los animales nativos del bosque donde había estado viviendo. Se encontraba en medio de un perímetro de soldados de asalto armados, y aun así tenía un aire de confianza casi regia sobre sí mismo mientras caminaba.

—Mire eso —masculló Barris, con una nota de repulsión en su voz mientras señalaba al alienígena—. Me recuerda a esas sucias criaturas Jawas de Tatooine. Ya sabe, con los que…

—Tranquilo, Coronel —murmuró Parck mientras el alienígena y su escolta se detenían delante de él—. Bienvenido a bordo del Destructor Estelar de clase Victoria *Strikefast.* ¿Habla usted Básico?

Por un momento el forastero pareció estudiarle.

—Algo —dijo.

—Bien —dijo Parck—. Soy el Capitán Parck, Comandante de esta nave.

De manera tranquila, el alienígena dejó vagar su mirada alrededor del hangar. No como si fuera un ser primitivo abrumado por el tamaño y la magnificencia del lugar, sino como un colega militar evaluando las fuerzas de su enemigo. Y sus debilidades.

—Me llaman Mitth’raw’nuruodo —dijo, volviendo sus ojos hacia Parck.

—Mitth’raw’nuruodo —repitió Parck, intentando no deformar con su pronunciación el nombre del alienígena y no consiguiéndolo del todo—. Ante todo, quiero que sepa que no tuvimos la intención de interferir con su privacidad allá abajo. Estábamos persiguiendo a unos contrabandistas, y nos encontramos con su casa. Una de nuestras órdenes vigentes es estudiar todas las especies desconocidos con las que nos encontremos.

—Sí —dijo Mitth’raw’nuruodo—. Eso también dijeron los comerciantes K’rell’n que fueron los primeros en contactar con mi gente.

Parck frunció el ceño. ¿Comerciantes K’rell’n?

—Quizá quiera decir corellianos —sugirió Barris.

—Ah —asintió Parck—. Por supuesto. Imagino que tratando con ellos es como aprendió Básico.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó sin ambages Mitth'raw'nuruodo.

—¿Qué desea usted de nosotros? —contraatacó Parck—. Invirtió una gran cantidad de esfuerzo para ocultar su incursión a bordo de esta nave. ¿Qué pretende lograr?

—Si tiene la intención de matarme, le pediría que lo hiciera rápidamente —dijo Mitth'raw'nuruodo, ignorando la pregunta.

—No tenemos por qué soportar semejante arrogancia —dijo Barris severamente—. Tenemos drogas y mejores métodos para interrogar…

—Basta —dijo Parck, cortando el acalorado discurso de Barris alzando una mano—. Tendrá que perdonar al Coronel Barris, Mitth'raw'nuruodo. Los tuvo dando vueltas en círculos a él y a sus soldados, y no está nada contento con eso.

El alienígena miró a Barris.

—Era necesario.

—¿Por qué? —insistió Parck—. ¿Qué espera conseguir aquí?

—Regresar a casa.

—¿Naufragó?

—Fui exiliado.

La palabra pareció permanecer colgada en la atmósfera poco ventilada del hangar.

—¿Por qué? —preguntó Parck rompiendo el silencio.

—Los líderes y yo no estábamos de acuerdo —dijo Mitth'raw'nuruodo.

Parck bufó por lo bajo, pensando en algunos de los miembros más ruidosos del Senado Imperial.

—Sí, tenemos los mismos problemas con algunos de nuestros líderes —le dijo a Mitth'raw'nuruodo—. Quizá podríamos ayudarnos mutuamente.

Los ojos del forastero se estrecharon ligeramente.

—¿Cómo?

—Como ve, tenemos muchas naves —dijo Parck, haciendo un movimiento con la mano para abarcar toda la extensión del hangar—. No hay razón por la que no podamos proveerle de lo que necesita para llegar a casa.

—¿A cambio de qué?

—Se lo diré en un momento —dijo Parck—. Sin embargo, primero me gustaría saber exactamente cómo fue capaz de encargarse de todos esos soldados allí abajo.

—No fue difícil —dijo Mitth'raw'nuruodo, mirando a Barris nuevamente—. Su nave espacial se estrelló cerca de mi lugar de exilio, y tuve tiempo de examinarla antes de que sus tropas llegaran. El piloto estaba muerto. Tomé su cuerpo y lo escondí lejos.

—Y llenó su traje de vuelo con hierba —continuó Barris—. Esperando que no nos fijásemos que había cogido su comunicador.

—Y no lo hicieron —le recordó el alienígena serenamente—. Para mí era más importante que usted encontrara que la situación se ponía intrigante o perturbadora, tanto así que llevase el traje y las bayas pyussh fermentadas de regreso a su campamento.

—¿Bayas fermentadas? —repitió Barris.

—Sí —dijo el alienígena—. Estando fermentadas y aplastadas, las bayas pyussh constituyen un fuerte atractivo para ciertos pequeños animales nocturnos.

—A los cuales había fijado las células de energía manipuladas del bláster —dijo Barris repentinamente—. Así es como los hizo atravesar nuestro perímetro de seguridad.

—Sí —dijo el alienígena con una pequeña inclinación de cabeza—. De la misma manera fue como pude atacar a sus hombres posteriormente. Utilicé una honda para lanzar más bayas sobre sus armaduras, lo cual atrajo a los animales hacia ellos.

—También fue usted el responsable del choque del caza TIE —dijo Parck—. Al menos, supongo que fue obra suya. ¿Cómo lo logró?

Mitth'raw'nuruodo se encogió de hombros lentamente.

—Sabía que la otra nave espacial vendría a investigar. Para prepararme, había ensartado una parte de mi cuerda de monofilamento entre dos de las copas más altas de los árboles. Esa nave espacial simplemente se topó contra ella.

Parck asintió. Y a tan baja altitud, claro está, el piloto no había tenido tiempo suficiente para recobrarse del repentino impacto.

—No le habría servido de nada capturar el caza TIE intacto, usted lo sabe —le dijo al alienígena—. No están equipados con hiper-propulsores.

—No tenía esperanzas de que la nave sobreviviera —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Sólo quería el equipo del piloto. Y su comlink.

—Pero usted no cogió el comlink —objetó Barris—. Inspeccionamos el lugar y todavía se encontraba allí.

—No —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Lo que estaba allí era el comunicador del primer piloto.

Parck sonrió a pesar de sí mismo. Tan simple, y sin embargo, tan ingenioso.

—Así que cambió los comunicadores. De ese modo, cuando finalmente descubrimos que el primero había desaparecido y lo desconectamos del circuito, usted aún tenía uno que seguía funcionando. Muy ingenioso.

—Muy simple —contestó Mitth'raw'nuruodo.

—Así que mató a un piloto de caza TIE sólo para conseguir su comunicador —dijo Barris con aspereza. Se veía bien a las claras que no estaba tan impresionado por la inventiva del alienígena como lo estaba Parck—. ¿Por qué continuó matando a mis hombres? ¿Para divertirse?

—No —dijo Mitth'raw'nuruodo con gravedad—. Era para que viniesen los soldados con armadura completa.

—¿Completa? —dijo Barris—. ¿Los soldados de asalto? ¿Quería que viniesen los soldados de asalto?

—Sus hombres llevan cascos —dijo el alienígena, dibujando el ala de un sombrero imaginario alrededor de su frente—. No era conveniente para mí. Colocó una mano sobre su rostro. —Necesitaba una armadura que cubriese mi cara.

—Por supuesto —Parck inclinó la cabeza—. Esa era la única forma para que pudiera entrar en el campamento sin ser descubierto.

—Sí —asintió Mitth'raw'nuruodo—. Utilicé un explosivo sobre el primero de ellos, así obtendría un set de armadura para estudiar…

—Un momento —le interrumpió Barris—. ¿Cómo hizo eso sin que nadie oyese la explosión?

—Ocurrió al mismo tiempo que empecé el bloqueo de comunicaciones —dijo el alienígena—. Por supuesto que nadie lo oyó.

—¿Lo cual fue llevado a cabo empleando el comlink que usted se había agenciado? —sugirió Parck.

—Sí —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Estudié la armadura y encontré la manera de matar al soldado dentro sin que se produjera un daño notable en la parte externa. Hice eso, entonces entré caminando en el campamento y subí a la nave grande. Nadie había subido aún. Con pequeñas ramas que había traído, hice que la armadura vacía permaneciera en posición vertical fuera de la entrada, con un explosivo adentro para destruirla.

—Para que no nos diésemos cuenta de que realmente habían desaparecido dos soldados de asalto —asintió Parck una vez más—. De nuevo, ingenioso. Finalmente, luego, ¿dónde se escondió durante el viaje de retorno?

—Dentro de la carcasa de mi generador secundario de energía —le dijo Mitth'raw'nuruodo—. Está casi vacío; lo he estado usando parcialmente para mantener el primero funcionando.

Parck levantó una ceja.

—Lo que implica que ha estado aquí desde hace tiempo. Puedo ver porqué quería marcharse tan desesperadamente.

Mitth'raw'nuruodo se irguió en toda su estatura.

—No estaba desesperado. Es necesario que regrese con mi pueblo.

—¿Por qué? —preguntó Parck.

Una vez más, el alienígena pareció estudiarle.

—Porque se encuentran en peligro —le dijo finalmente—. Existen muchas amenazas en la Galaxia.

—¿Incluyéndonos? —gruñó Barris.

El alienígena ni siquiera se inmutó.

—Sí.

—¿Y cómo podría usted ayudar a proteger a su gente de esas amenazas? —dijo Parck, lanzando una mirada contrariada a Barris.

—No aceptan el concepto de… no conozco la palabra. Un ataque hecho contra un enemigo antes de que él te ataque.

—Un ataque preventivo —le facilitó Parck.

—Un ataque preventivo —repitió Mitth'raw'nuruodo—. Solamente yo entre los líderes de nuestros guerreros, acepto ese concepto como parte de las normas admitidas para hacer la guerra.

Entonces, así que antes había sido un líder guerrero. En verdad, era obvio en ese momento.

—¿Y piensa que ahora podrá persuadir a su pueblo de que acepte este concepto?

—No pretendo hacer el intento —dijo Mitth'raw'nuruodo serenamente—. No necesito su permiso para luchar en nombre de ellos.

—¿Qué, lo haría todo por sí mismo? —dijo Barris, mientras sus palabras sonaban a medias incrédulas y a medias burlonas.

Mitth'raw'nuruodo le miró, y Parck pensó que podía evidenciarse un tinte de desprecio en la cara del alienígena.

—Si es necesario.

—Eso es muy valiente —dijo Parck—. Y también muy tonto. Y potencialmente, muy poco efectivo.

—¿Tiene usted alguna otra alternativa? —le rebatió el alienígena.

Parck sonrió ligeramente.

—Sigue estudiándonos, ¿verdad? —le preguntó—. Incluso ahora, siendo nuestro prisionero, con pocas esperanzas de escapar, continúa estudiándonos.

—Por supuesto —dijo el alienígena—. Ustedes mismos lo han dicho: ustedes constituyen amenazas potenciales.

—Es cierto —dijo Parck. Pero por otra parte, ¿qué mejor manera de neutralizar un peligro potencial que haciéndolo desde el interior?

Por el rabillo del ojo vio que la boca de Barris empezaba a abrirse.

—¿Capitán, qué es lo que está sugiriendo?

—Le estoy ofreciendo a Mitth'raw'nuruodo la oportunidad de acceder a un puesto dentro de la Flota, Coronel —dijo Parck, observando la cara del alienígena muy de cerca. No se produjo ninguna sorpresa en ella, ningún cambio de expresión en absoluto. Quizá estaba demasiado conmocionado para reaccionar. Aunque más probablemente ya había anticipado la oferta. Quizá incluso había manipulado deliberadamente la conversación en esa dirección—. El Emperador Palpatine tiene muchos enemigos —continuó Parck—. La proliferación de grupos de resistencia así lo indica. Un líder guerrero con las habilidades de Mitth'raw'nuruodo sería un activo valioso para nosotros.

—Pero se trata de un… —Barris interrumpió lo que iba a decir con un siseo.

—¿Un alienígena? —Parck terminó la frase por él—. Sí, lo es. Pero algunas veces eso no hace ninguna diferencia.

—Sí hace la diferencia para Palpatine —dijo Barris con acritud.

—No siempre —Parck levantó las cejas ligeramente—. Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Mitth'raw'nuruodo, ¿qué opina?

—El beneficio para ustedes queda claro —dijo Mitth'raw'nuruodo—. ¿Cuál sería el beneficio para mí?

—En primer lugar, acceso a los archivos que tiene la Flota sobre los alienígenas que habitan aquí, en el Borde Exterior —le dijo Parck—. La oportunidad para emplear sus

habilidades buscando y neutralizando las amenazas que podrían existir para su gente dentro de los confines del Imperio.

Se encogió de hombros.

—¿Y quién sabe? Quizá el Emperador estaría dispuesto a regresarlo aquí con una fuerza lo suficientemente fuerte como para neutralizar esas otras amenazas para su gente que usted mencionó. Después de todo, una amenaza para su gente sería también una amenaza potencial para el Imperio.

Los ojos de Mitth'raw'nuruodo se fijaron por un momento en Barris.

—¿Y si no soy aceptable para su gente?

—Entonces le doy mi palabra de honor de que le llevaré a donde quiera que usted desee ir —le dijo Parck.

—Señor, le sugiero encarecidamente que reconsidere esto —le dijo Barris, con una voz suave pero apremiante—. El Emperador nunca aceptará a este… a esta criatura.

Parck sonrió para sus adentros. No, el Emperador en general no tenía en mucha estima a los no humanos… pero en concreto, existían algunas excepciones que eran mantenidas en secreto. Como los alienígenas que Darth Vader había descubierto en un mundo arruinado, y que había reclutado para el servicio privado de Palpatine. El Comandante de la nave de Vader en esa misión —un primo de Parck y anteriormente su rival en la Academia—, había sido promocionado a Vicealmirante por el papel que desempeñó en dicho encuentro.



Tal vez Parck finalmente hubiera encontrado la manera de igualarlo. O incluso de superarlo.

—¿Tenemos un trato?

—Vale la pena correr el riesgo —dijo Mitth'raw'nuruodo—. Hablaré con su Emperador.

Parck sonrió, mientras un cálido sentimiento de satisfacción fluía a través de su persona. De acuerdo, ahora ya tenía su trofeo. Un trofeo mucho mejor que el trivial y totalmente insignificante contrabandista que seguía escondiéndose en el planeta.

—Excelente —dijo—. Nos vamos de una vez. Una advertencia, sin embargo: es casi seguro que vaya a tener que cambiar su nombre. «Mitth'raw'nuruodo» sería demasiado difícil de pronunciar para la mayoría de los oficiales de la Flota.

—Por supuesto —dijo el alienígena, sonriendo. Miró a Barris, con sus ojos rojos

encendidos; como Barris había señalado, le hacían recordar a los ojos profundamente brillantes de los Jawas, y en ese momento relumbraban intensamente, haciendo un profundo contraste con la oscura tonalidad azulada de su piel, y con su pelo de color azul negruzco—. Quizá la parte central de mi nombre sería más fácil de pronunciar para la mayoría de los oficiales de la Flota. Llámeme Thrawn.

—Será Thrawn, entonces —asintió Parck. Y ahora, quizá le gustaría acompañarme al puente. Su formación Imperial bien podría empezar desde ahora.

CAPÍTULO IV

Desde la boca de la cueva, Llollulion trinó de manera apremiante.

—¿De qué estás hablando? —demandó Terrik, poniéndose a su lado—. No creo que vayan a rendirse ahora.

El borloviano trinó otra vez, entregándole los macro-binoculares. Refunfuñando por lo bajo, Terrik los colocó ante sus ojos y observó con atención hacia arriba.

Justo a tiempo para ver que el Destructor Estelar parpadeaba con el pseudo-movimiento característico mientras saltaba a la velocidad de la luz.

—Bien, eso es todo —bufó, bajando los macro-binoculares con incredulidad. Fue asaltado por un repentino pensamiento, y los levantó otra vez, registrando el cielo de horizonte a horizonte. Pero no había otras naves a la vista que pudieran haber llegado para continuar con la búsqueda. A menos que estuvieran al acecho en el otro lado del planeta.

Terrik sonrió abiertamente. Si estaban escondidos esperando alrededor del horizonte, con intenciones de sorprenderle, iban a llevarse una desagradable sorpresa. El *Starwayman* podía estar viejo y maltratado, pero dándole una ventaja delantera decente, podría dejar atrás a cualquier cosa que estuviese allí afuera. —Enciende los convertidores—, le ordenó a Llollulion. —Nos largamos de aquí.

El borloviano trinó en respuesta y se introdujo dentro de la cueva. Terrik hizo una última comprobación del horizonte; y entonces, casi sin proponérselo, se encontró mirando a través del bosque hacia el sitio en el cual había estado el campamento.

¿Podía haber sido algo acerca de ese lugar, la razón por la que el Destructor Estelar se había marchado tan precipitadamente? Terrik no podía imaginar cómo o por qué eso podía haber ocurrido, pero la conexión entre ambos hechos parecía incuestionable.

Aun así, apenas tenía importancia. Terrik tenía un cargamento por entregar, y por la razón que fuera, ahora tenía el camino despejado para hacerlo. Y lo que hubiese ocurrido allí afuera…

Dando vueltas a los macro-binoculares alrededor de su cuello, se volvió y se encaminó hacia la cueva. Hubiera pasado lo que hubiese pasado allí afuera, ciertamente no tenía nada que ver con él.